

0 21 NSC (218)

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 218

25 cts.

¡PRONTO! ¡MUY PRONTO!

en las EDICIONES ESPECIALES de
La Novela Semanal Cinematográfica

MARE NOSTRUM

según la obra maestra de V. Blasco Ibáñez
Dirección de Rex Ingram. Interpretación de
ALICE TERRY y ANTONIO MORENO

¡SIN COMENTARIOS!



GRIBICHE
(El niño que
se sacrificó por su madre)

POR
JEAN FOREST

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 218

GRIBICHE

(El niño que se sacrificó por su madre)

Adaptación cinematográfica de la novela del mismo título, de Frederic Boutet.

Super-producción ALBATROS

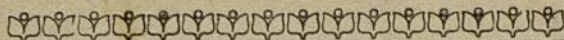
Dirigida por Jacques Feyder

Exclusiva de

Cinematográfica "ATENEA", S. A.

Barquillo, 9. = MADRID

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
WILLIAM HAINES



GRIBICHE

(El niño que se sacrificó por su madre)

Argumento de la película

Antonio Belot, simpático muchacho de unos doce años de edad, apodado «Gribiche» por sus amigos y familiares, tenía el encargo de su madre de ir aquel día, al salir de la escuela, a los grandes almacenes «Aux Trois Quartiers» para comprarle unos guantes blancos.

La extraordinaria animación que había en el popular establecimiento aturdió a «Gribiche», que no estaba acostumbrado a ella.

Preguntando llegó el niño a la sección de guantería y pidió a una amable empleada los guantes que quería su madre, y que eran del número 9.

En la misma sección, una dama de distinguido porte y no menos distinguidas maneras hacía varias adquisiciones.

«Gribiche», sorprendido de la elegancia y fino hablar de la aludida señora, no le quitó ojo

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

mientras la empleada que le había atendido le envolvía la mercancía solicitada.



... y pidió a una amable empleada los guantes que quería su madre ...

Hecha su compra, «Gribiche» se dispuso a salir de los almacenes, haciéndolo un poco antes que él aquella dama, a la que se le cayó inadvertidamente el bolso, yendo a parar a los mismos pies del muchacho.

«Gribiche», abriéndose paso con dificultad entre la numerosa concurrencia, recogió del suelo el monedero y salió a escape a dar alcance a su dueña.

Una empleada vió la acción de «Gribiche», y creyendo sin duda que trataba de apropiarse aquello que no era suyo, siguióle, pero le perdió pronto de vista a causa de la aglomeración de clientela que había en la tienda.

La aristocrática dama, al llegar al pie de su magnífico auto se dió cuenta de que le faltaba el bolso, que estaba lleno de billetes de Banco, pues no hacía mucho había hecho efectivo un cheque por una importante suma en la Banque de France, y temiendo no recuperar dicho objeto, ordenó al ayudante del chofer fuese a preguntar en la sección de guantería de los almacenes si habían visto el monedero, dando parte, en caso contrario, a la Dirección, para que se procediese rápidamente a una discreta busca.

Pero al punto que el ayudante en cuestión se encaminaba al establecimiento, presentóse «Gribiche» ante la señora, con el bolso en la mano.

La dama quedó asombrada al ver al muchacho acercársele muy respetuosamente, algo tímido, y descubrirse la cabeza al llegar hasta ella.

—Señora, se le había perdido el monedero, y yo lo encontré—dijo devolviéndoselo.

Madame Maranet, que así se llamaba la dama, una bella y acaudalada americana que había fijado su residencia en París, cogió su bolso, y apresuradamente, encantada del noble proceder de «Gribiche», lo abrió y sacó del mismo unos billetes, que quiso ofrecerle en pago de su honradez.

Pero el niño negóse en absoluto a tomar aquel dinero, contentándose con haber proporcionado a la majestuosa dama la alegría que se reflejaba en su rostro.

La invencible actitud de «Gribiche» fué mo-

tivo de extraordinario asombro en la rica americana, quien, reservándose meditar sobre la forma más conveniente de demostrarle su gratitud, le rogó le diese su nombre y señas de su casa.

«Gribiche» no se opuso al deseo de la yanqui, y mientras ésta subía a su soberbio coche, él dirigió sus pasos, rebosando de alegría su conciencia, hacia la salida de la fábrica donde trabajaba su madre.

Llegó allí cuando la colmena abría sus puertas a los obreros para que fuesen a buscar el descanso que habían merecido por su labor de todo el día.

Ana Belot, madre de «Gribiche», fué de las últimas en salir. Su razón tenía su lentitud, por cuanto se detuvo un momento a hablar con Felipe Gavary, el contraamaestre de la papelera, donde ambos se ganaban el pan.

Gavary, libre como ella, estaba enamorado de Ana, y su mayor ilusión sería hacerla su esposa; a lo que la interesada oponía ciertos reparos.

Al reunirse madre e hijo, pudo verse en las caricias de los dos seres de misma sangre el gran cariño que se profesaban.

—Toma, mamá, tus guantes. Blancos son, y del número 9. Y, dime, ¿qué cena tenemos hoy?

—¿Hay buen apetito, «Gribiche»? ¡Pero si hoy es sábado! Ya sabes que no cenamos en casa. Y, a propósito, hoy lo haremos con Gavary y sus amigos los Veudrot.

—Entonces habrá buenos platos, porque a Gavary le gusta comer bien.

Ana y su hijo se permitían el lujo de cenar en el restaurant todos los sábados. Celebraban de este modo el cobro de los seis días de trabajo, y luego iban al cinematógrafo, del que el niño era entusiasta,

Mientras «Gribiche» y su madre se preparaban para la opípara cena con sus amigos, Madame Maranet, que dedicaba su vida sin preocupaciones a las preocupaciones de los demás, para tratar de aliviarlas con sus consejos o su dinero, daba una conferencia sobre los peligros de la tuberculosis, haciendo demostraciones de los estragos que causa el temible bacilo.

Sin afectos que la ligasen directamente, la filantrópica dama había fundado en la capital francesa un Sanatorio de niños, que regentaba personalmente, mostrándose severa, inflexible, en el cumplimiento de los progresos de la profilaxis.

La generosidad de la yanqui merecía todos los elogios, pero más mérito hubiese tenido si no buscarse en sus acciones el elogio que halagaba su vanidad de millonaria.

* * *

«Gribiche» y su madre, luciendo sus mejores galas, acudieron, en compañía de Gavary, que los fué a recoger en la puerta del hogar, al restaurant, donde el contraamaestre había convenido encontrarse con los Veudrot.

La cena fué abundante, conforme al buen estómago de todos, lamiéndose los dedos de

gusto «Gribiche» comiendo caracoles en salsa, una de sus debilidades.

Durante la cena, Ana, que ya estaba entera de ello, dijo a sus amigos:

—¿No saben ustedes lo que le ha sucedido esta tarde a «Gribiche»?... Anda, hijo, cuéntales tu buena acción.

El muchacho era modesto, y no fué sin hacerse rogar un poco que refirió la aventura con la bella yanqui.

Y la narración de «Gribiche» fué tan sencilla, tan natural, que mereció la calurosa aprobación de todos.

Después del banquete, Gavary lanzó la idea de ir a la feria, y se le aprobó por mayoría de votos, valiendo por cuatro el de «Gribiche».

Los Veudrot, por culpa del marido, que serviría a maravilla para burgués, se rezagaban en todas partes, tal vez porque el buen hombre presentía lo que le iba a suceder, o sea marearse, subiendo a las atracciones a propósito para el caso, tales como el «Tío vivo», los populares caballitos de madera.

«Gribiche», que se divertía de lo lindo volteando sin cesar, se reía con su madre, y a Gavary, aun comprendiendo que era injusto, le contrariaba aquella alegría que Ana no le debía a él, sino a su hijo.

Entretanto, Madame Maranet contaba a sus amigos la aventura de aquella tarde, de la que era héroe el simpático «Gribiche».

Pero una de las amistades de la yanqui le observó, como si la experiencia la autorizara a no creer en nada:

—No se fie usted demasiado, Madame... A lo mejor esos niños que parecen santitos...

—¡Bah!... Si he revelado a ustedes a medias que me gustaría hacer una prueba en ese niño, es porque tengo la seguridad de que nada hay

que resista a una educación bien dirigida. Si la madre me lo dejara, yo me comprometería a convertir al pequeño en un hombre modelo, sea cual sea la savia del árbol.

Y la solitaria filántropa desplegó ante sus amigos un infalible plan educativo, del que podía salir la felicidad de «Gribiche».

En la feria, el muchacho había olvidado completamente a la dama americana, subyugado por la fiesta llena de luz y alegría.

Gavary no participaba del regocijo del niño, y, un poco rudo, consideraba a «Gribiche» como un obstáculo para su felicidad.

El contramaestre se sentó al lado de Ana en el «Tío vivo», aprovechando uno de los cambios de sitio que hizo el chico; y le habló de su amor, apremiándola a que resolviese de una vez.

—Piénselo bien, Ana; esta situación no puede continuar. Debemos casarnos.

—Bien sabe usted que le quiero, Gavary... Pero... ¿y «Gribiche»?

El niño oyó, sin querer, su nombre pronunciado por su madre hablando con Gavary, y aguzó el oído para escucharlo todo.

—Yo aceptaría, no lo dude, Gavary... Pero no debo darle ese disgusto a mi hijo...—repitió Ana.

—¡Y dale con el niño! A este paso, no nos casaremos nunca.

El corazón de «Gribiche» sufrió una violenta sacudida. ¿Quería aquello decir que él era un obstáculo para la felicidad de su madre?

Muy triste fué el regreso al hogar, y durante el trayecto de la feria al mismo el muchacho observó singularmente a su madre y al contramaestre, adquiriendo la evidencia de que se querían.

La cama le pareció dura al afligido «Gribiche»,

pero como su cuerpo estaba rendido, pudo más el cansancio que su pena.

Al día siguiente Ana llamó a su hijo desde su lecho, en el que se recreaba, pues era domingo, y habló con él alegremente de la fiesta de la víspera.

Las risas de su madre dieron mucho que pensar a «Gribiche». Si ella no era completamente feliz sin el amor de Gavary, ¿podían ser francas aquellas risas? El era un niño, pero comprendía que jamás se perdonaría el haber sido un obstáculo para la dicha de la que, a pesar de amarle tanto, amaba también a otro.

Ana, pensando en Gavary, se entregó breves momentos al placer de soñar, y veíase arrullada por las amorosas palabras de su pretendiente... Pero surgía el recuerdo de «Gribiche»... y se rompía el encanto...

De súbito oyéronse unos golpecitos en la puerta del piso. Ana envolvióse en una bata, y salió a abrir.

La que había llamado era la yanqui, decidida como estaba a poner en práctica el plan que expusiera a sus amigas.

Se presentó, y Ana hizo lo propio, recibiendo a la distinguida señora con toda clase de atenciones.

«Gribiche», que ya se vestía, vió a la dama del bolso, y sin que su madre lo sospechase, colocóse detrás de la puerta de su cuarto para escuchar.

La rica americana expuso a Ana, que no volvía de su sorpresa, la idea que se le había ocurrido para labrar la felicidad de «Gribiche», y le propuso que la autorizara a encargarse, llevándose a su alhajada casa, de su educación.

Ana negóse rotundamente a la separación, pero la yanqui, persuasiva, escudándose en que se trataba del bienestar presente y futuro del

niño, la fué apaciguando hasta el extremo de que Ana consideró que debía someter la solución del asunto al interesado, al propio «Gribiche».



— «Gribiche» acepta su proposición, señora...

El niño, al ir a buscarle su madre en el cuarto, fingió no haber oído nada.

Ana lo puso al «corriente» de lo que sucedía, y «Gribiche» pareció reflexionar un poco, y repuso, terminándose de vestir:

—Sí, mamá; acepto, puesto que se trata de tan buena señora...

Ana escuchó estupefacta la inesperada respuesta de su hijo, no llegando a concebir cómo era posible que «Gribiche» aceptase con aquella frialdad la idea de una separación.

El muchacho insistió, como la cosa más natural del mundo:

—Comprende, mamá, que puede ser mi suerte... Debemos aceptar.

Anonadada, caminando como un autómeta, Ana empujó a su hijo hacia el comedor, donde estaba Madame Maranet, y, casi sin fuerzas, dijo a ésta:

—«Gribiche» acepta su proposición, señora.

Y mientras la madre quedaba ahogando su pena, «Gribiche» fué camino de lo desconocido.

* * *

A la llegada al hotel particular de la opulenta americana, «Gribiche» quedó encantado ante la magnificencia que respiraba la maravillosa casa.

Lo mismo al ama de llaves que al resto de los criados de la casa, la presencia del intruso hizo muy poca gracia.

Inmediatamente, «Gribiche» fué conducido a sus amplias, limpias y sorprendentes habitaciones, donde la cama se perdía tristemente en un rincón. No faltaba riqueza, pero, indudablemente, el muchacho recordaba con pesar su estrecho cuarto, que respiraba más alegría, y también, a pesar de lo reducido que era, más libertad.

La yanqui, satisfecha de su «adquisición», escribió a un hermano suyo que vivía en América la siguiente carta:

Por circunstancias que le contaré, me he encargado de la educación de un muchacho. Es un chiquillo lleno de viveza y de buenos sentimientos, del que me propongo hacer un hombre modelo.

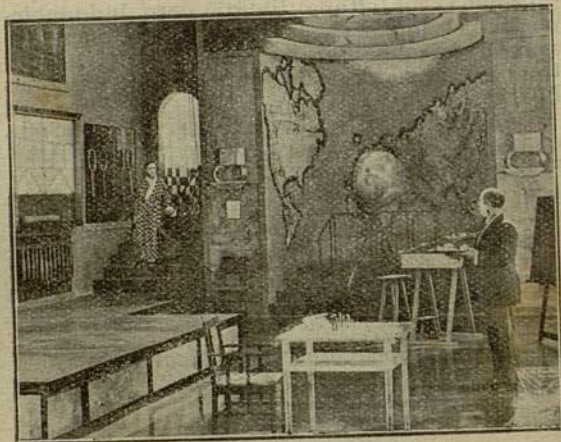
Desde el día siguiente, «Gribiche» hizo vida nueva.

A cada hora reglamentaria debía efectuar una operación distinta.

Se levantaba a las siete. Se desayunaba después del baño y la ducha fría, a las siete y media. Salía a paseo con su institutriz. Luego, las matemáticas. Después, la lección de moral. Y a continuación una serie de lecciones más.

La hora de la comida, las doce en punto, era para «Gribiche» un estudio continuado. Las lecciones de etiqueta complicábanle tanto el estómago, que se quedaba sin comer.

Por la tarde, el estudiante se dedicaba a estudiar las lecciones del día siguiente, aburriéndose de tanta educación.



Se levantaba a las siete. Se desayunaba después del baño y la ducha fría...

Un día, el profesor de moral pasó un mal rato con «Gribiche», pues éste, descubriéndole casualmente una colección de fotografías de artistas de *variétés*, muy ligeras de ropa, las contempló a su antojo, y como consecuencia lógica del descubrimiento, jugó con él como si fuera también un chiquillo.

Pero al correr de los días, el niño rebelde se fué transformando, y una tarde de reunión en el hotel de la yanqui, ésta, satisfecha de su obra, creyó llegado el momento de hacer la presentación de «Gribiche» a sus amigas.

Lo mandó llamar.

Y el muchacho que, vestido como un inglés y usando gafas, porque vestía más, no parecía



... puso todo su orgullo en no defraudar las esperanzas de su protectora...

el mismo, puso todo su orgullo en no defraudar las esperanzas de su protectora, besando respetuosamente la mano a cada una de las damas.

Encantada, la americana preguntóles:

—¿Será alguien capaz de descubrir lo que era el pequeño antes de que yo lo sometiera a un plan de educación inteligente y severo?

Las amigas la felicitaban, y la doctora, entusiasmada por los resultados de su método, relató fantásticamente cómo había conocido a «Gribiche», faltando a la verdad para que su relato fuese más sentimental.

—Lo encontré en la calle, pobrecillo—dijo.—Tiritaba y tenía hambre. Le vi comiéndose con los ojos los pasteles expuestos en un escaparate. Yo buscaba mi bolso, que acababa de perder, y vi a ese muchacho recogerlo y vacilar entre devolvérmelo y quedárselo, para comprarse pan. Le observé atentamente, y mi pecho se dilató de emoción al verle acercarse a mi auto resueltamente, con el bolso lleno de dinero en la mano. Había vencido la honradez al hambre.

«Gribiche» no la escuchaba. Obraba santamente. De ese modo no tenía motivo de indignarse. Por lo demás, pasaba agradablemente el tiempo mientras la doctora falseaba los hechos reales. En la mesita del servicio de té había irresistibles platos de pasteles, con los que él hizo muy buenas migas, exagerando la amistad hasta el extremo de no dejar ni rastro de los mismos. ¡Al fin se desquitaba de sus ayunos!

Y la doctora enrojeció de sorpresa al decir a sus amigas que contemplasen la transformación tan notable que se había operado en «Gribiche», cuando éste tenía más llena de pastas la boca; por lo cual no pudo saludar...

La servidumbre de la yanqui no simpatizaba con «Gribiche», y gozaba cuando le veía malhumorado, procurando por todos los medios hacerle la vida insoportable.

Afortunadamente para el muchacho, el

chofer de la señora era un buen amigo suyo, y no se arrepentía el mecánico de haber depositado su confianza en «Gribiche», pues éste le demostraba su sincero afecto a todas horas, y casi diariamente iba a hacerle una visita en el *garage*, ayudándole, esto de ayudar es un decir, en su trabajo de limpieza y reparación de los coches.

Los jueves eran los días que «Gribiche» tenía señalados para visitar a su madre.

Mientras Ana, celosa de los pueriles caprichos del niño, cuidaba de proporcionarle las golosinas de su agrado, «Gribiche» las aceptaba con la correcta frialdad de su nueva educación.

Los nuevos hábitos del muchacho iban separándolos insensiblemente, sin que el pequeño pudiera darse cuenta del por qué ya no era feliz en casa de su madre.

De aquellas visitas, «Gribiche» salía cada vez más triste...

Y cuando volvía, camino del hotel, las lágrimas le anegaban los ojos.

* * *

Habían pasado algunos meses sin que se hubiese interrumpido para «Gribiche» el plan educativo de Madame Maranet.

La doctora no perdía ocasión de contar a sus amistades, cada día más numerosas, cómo fué que se decidiera a encargarse de «Gribiche»; y la última vez que habló de él, presentó un cuadro desgarrador.

«...Al devolverme el hambriento niño el bolso con el dinero intacto, quise saber cómo vivía, y lo acompañé en mi auto hasta su barrio, pobre, pobrísimo, y le seguí a través de oscuros y nauseabundos patios, hasta llegar a una escalera, a cuyo final se hallaba la buhardilla en que agonizaba su madre. ¡Oh, qué escena! ¡Oh, qué dolor! La infeliz mujer esperaba a su



— ¡Oh, qué escena! ¡ Oh, qué dolor! ...

marido, que había ido a mendigar para comprarle un poco de leche... Dejé el dinero a la enferma, y me llevé al niño, para hacer de él un hombre...»

Naturalmente, el rasgo de la yanqui era siempre objeto de las más vehementes felicitaciones.

Por su lado, «Gribiche» procuraba sacudir su tedio como mejor podía, resignándose a la fuerza al nuevo y cargante ambiente en que vivía.

Y mientras el chico procuraba adaptarse a las nuevas costumbres, Ana y Gavary, enamorados uno de otro más que nunca, se determinaron a realizar sus ilusiones. Y la ausencia de «Gribiche» precipitó los acontecimientos.

La boda celebróse sin que el niño lo supiera.

Al medio día de la jornada del importante acontecimiento, «Gribiche», ajeno al mismo, estudiaba en su sala de trabajo.

—El dividendo es igual al producto del divisor... al producto del divisor por...

Le trajeron en aquel momento una carta.

—¿Quién la ha abierto?—preguntó el niño, extrañado de ello.

—La señora.

Presintiendo algo anormal, «Gribiche» sacó el papel del envoltorio y leyó, dudando de lo que deletreaban sus ojos, la siguiente noticia:

«Gribiche», hijo mío:

Cuando recibas esta carta, mi boda con Gavary ya será un hecho. Sin tu marcha, esto quizá no hubiera ocurrido, dispuesta como estaba a sacrificar por ti toda mi vida. Ahora ya no me necesitas; pero nunca dejaré de ser lo que he sido para ti siempre.

Te abraza con toda su alma,

Tu madre.

Al principio, «Gribiche» no se dió perfecta cuenta de todo lo que aquello significaba; y, sin embargo, una ira sorda iba apoderándose de él. Hubiera querido olvidar... no acordarse de nada... y así quiso ahogar su pena en el estudio...

—El dividendo es igual al producto del divisor... al producto del divisor por... ¡al producto del divisor por el cociente!... ¡Por el cociente!

...Hasta que el dolor de creerse abandonado, estalló convirtiéndose en sollozos.

En tanto, en el banquete de celebración de la boda de Ana y Gavary, la elocuencia del bueno de Veudrot, llena de alusiones a «Gribiche», estuvo a punto de aguar la fiesta.

Aquella noche, «Gribiche», al acostarse, llevóse a la cama la carta de su madre, para releerla con más serenidad.

—La señora tiene prohibido que lea usted aquí—le objetó el criado que le ayudó a desnudarse.

—¡Déjame en paz, imbécil!—respondióle «Gribiche», iracundo, desesperado porque nadie lo dejaba en paz un momento.

El criado, ante la insolencia, apagó la luz. Pero «Gribiche», decidido a leer otra vez la carta de su madre, reencendió la lámpara, no importándole que el desagradable doméstico le fuese con el soplo a la filántropa.

La tristeza de «Gribiche» aumentó al recordar las caricias que le hacía su madre, cada noche, al acostarse. Ahora que las creía perdidas para siempre, comprendía el muchacho el valor que tenían.

Los criados, cenando en la cocina, conspiraban contra el *nuevo señorito*.

—¡Bien podía la señorita despedir a ese

golfo, y que nos dejara en paz!—dijo el ama de llaves, que era una arpía.

—A mí acaba de llamarme imbécil—manifestó el criado que acababa de salir de las habitaciones del amargado «Gribiche».

Y comentó el cocinero, como proponiendo una solución:

—Yo le arreglaría con unos buenos azotes.

El chofer también estaba en la cocina, y como nadie salía en defensa del niño, él no pudo menos de hacerlo, desafiando las iras de todos.

—La que lo va a arreglar es la señora, como yo le cuente la guerra que le tenéis declarada al muchacho.

En el hogar de Ana y Gavary la vida se deslizaba tranquila, y nada velaba la dicha de los esposos excepto el torturante pensamiento de Ana acerca de lo fácilmente que «Gribiche» se separó de ella. ¿Es que no le había amado siempre con toda su alma para merecer, en compensación de ello, su cariño?

Un día, yendo de paseo con su institutriz, «Gribiche», aprovechando un momento de distracción de ésta, que hablaba por los codos con otras esclavas de los hijos de los demás, se reunió con unos muchachos que jugaban no lejos de allí, y que resultaron ser amigos suyos.

Jugaron como siempre lo hicieran, pero poco duró el juego, pues apareció «la vieja señorita» amonestando a «Gribiche» y llevándolo a casa en seguida.

Cuando llegaron al hotel, la doctora recibía en su despacho, en audiencia, al ama de llaves.

—¿Qué tiene usted que decirme, Petra?

—No quería dar este paso, señora... pero no es posible continuar así... Pasa, señora, que...

Si la señora supiese cómo nos trata el niño, cuando la señora no está delante...

La aparición de la institutriz ayudó al ama de llaves a acusar sin compasión a «Gribiche».

—La institutriz puede decir a la señora...— prosiguió el ama.

—¿También usted tiene quejas del niño?— preguntó, disgustada, la doctora a la recién llegada.

—Desgraciadamente... Yo no quería decir nada, pero el niño... hoy mismo, sin ir más lejos...

Y la institutriz contó a la yanqui lo que había hecho «Gribiche» con sus amigos de antaño, jugando como un golfo con ellos.

—Que venga «Gribiche»—ordenó la doctora.

Y cuando le tuvo delante, le riñó severísimamente.

Luego, a solas, madame Maranet, ante la persistencia de las acusaciones, sintió que una duda asaltaba su espíritu. ¿Serían los criados los que juzgaban duramente a «Gribiche», o sería el de éste un espíritu indomable?

En sus contrariedades, el niño buscaba la compañía del único amigo que tenía en la casa, que era, como es sabido, el chofer. Al salir del gabinete de trabajo de la doctora, se dirigió hacia el garaje, donde le vió entrar el ama de llaves.

Inopinadamente, llegó al hotel una visita inesperada: el hermano de la yanqui.

Mucha alegría tuvieron los dos americanos al estrecharse en sus brazos después de largo tiempo de no habersé visto.

Hablando, hablando, la doctora se refirió a «Gribiche», extendiéndose en consideraciones acerca de su transformación asombrosa.

Pero mandado llamar, «Gribiche», sin que el ama le hubiese dado tiempo para arreglarse,

o cuando menos para limpiarse el rostro y las manos pringadas de grasa del automóvil, se presentó muy sucio ante los dos hermanos, para desespero de ella y burla íntima de él.

Al quedar a solas los americanos, dijo el hermano de la doctora:

—Haces mal en disgustarte. Todo esto es lógico. ¿Tú no has pensado nunca si en tu deseo de ver feliz al pequeño no estarás haciéndole realmente desgraciado?... Hoy echa de menos su libertad. Mañana, cuando se haya acostumbrado a esto, no podrá ya amoldarse a su vida de antes y le habrás hecho infeliz para siempre.

La doctora comprendía que su hermano acaso tuviese razón, pero se empeñó en seguir en su plan hasta el final, haciendo las modificaciones que estimase necesarias.

A la hora de la cena, «Gribiche», oyendo músicas en la calle, alegró el semblante y dijo a la yanqui, con la que no cenaba su hermano, pues tenía un compromiso ineludible en otra parte:

—Son músicos callejeros. Hoy es el 14 de julio, la fiesta de la República, de nuestra República. Esta noche, la gente baila... hay iluminaciones, feria... ¡Todo el mundo grita y se divierte!... Y al final, disparan un castillo de fuegos artificiales y todo el cielo se llena de lucecitas.

—Bueno... bueno... No seas tan vehemente... Come, y deja en paz a esos músicos.

—¿Quiere usted que vayamos a la fiesta?...

—En la calle no se divierte más que la gente de poco más o menos.

La rebelión rugía en el alma de «Gribiche». ¡Oh, el 14 de julio! ¡Gloriosa fecha que Francia entera celebra, tirando la casa por la ventana! ¡Día de libertad! ¿Y en ese día no podía gozar él de lo que pertenecía a todos los franceses?

¿Dónde estaban aquellos días en que, con su madre, recorría las calles donde todo cantaba un himno a la vida?

Y cuando Madame Maranet se retiró a su habitación, para leer, como todas las noches, «Gribiche», dispuesto a no volver, vistió de nuevo su traje de antes. ¡No quería llevarse nada! ¡Sólo quería huir, marcharse!

Y abandonó el hotel.

Libre ya, respiró a plenos pulmones el aire tibio de la calle.

¡Aquello era vivir! ¡Qué feliz se sentía en medio de la fiesta!

Cansado de dar vueltas, sentóse a un velador, y al pedir una consumición, vió acercársele el ama de llaves y un criado de la doctora, que habían ido a la fiesta sin autorización de la señora.

—¿Qué haces aquí?—le preguntaron asombrados y disponiéndose a obligarle a volver a la casa.

Pero «Gribiche» huyó, burlando su persecución.

En vista de ello, los criados regresaron al hotel y avisaron en el acto a la señora lo que ocurría.

—¡Cómo! ¿Que se ha escapado el niño?...—exclamó Madame Maranet, palideciendo.

Para convencerse de ello fué a las habitaciones de «Gribiche» y encontró encima de la cama esta nota de despedida:

Es inútil que me busquen. Me he ido para no volver.

Entonces la doctora, volviéndose hacia los criados, les recriminó su negligencia.

—¿Y ustedes no han sabido evitar esto?...

—Nosotros... con perdón de la señora... habíamos salido ya a buscarlo.

Pero la yanqui leía con los ojos en el rostro

de los culpables, y despidió sin contemplaciones, muy dignamente, al ama y a su pareja.

Ansiando descubrir la causa que pudo empujar a «Gribiche» a huir, la filántropa revolvió su pupitre, y en las arrugadas hojas que encontró en el mismo, halló la triste historia de aquella rebeldía.

Yo quisiera salir esta noche... Mamá estará en la fiesta—decía uno de los papeles.

Y otro:

No tengo libertad para nada.

Y otro:

Aquí todos son malos, menos Madame y el chofer.

Entonces la americana reconoció en toda su importancia la acertada opinión de su hermano. Había tenido razón. Ella había forzado demasiado las cosas y el preso había roto sus cadenas. El pájaro había volado sediento de libertad.

«Gribiche» reflexionaba, sentado ante una mesa de taberna, no lejos de la fiesta. ¡Ya era libre!... El mundo entero se abría ante él, pero... ¡era tan grande, tan obscuro!...

¡Cuán ajenos estaban Ana y Gavary de que cerca de ellos se hallaba «Gribiche», padeciendo las primeras consecuencias de su escapatoria!

Al huir, «Gribiche» sólo había pensado en verse libre, pero conforme avanzaba la noche, sentía que la decisión iba abandonándole.

Sintiéndose deprimido y solo, el recuerdo de su casa le atraía.

Tuvo un encuentro con un borracho. Vió, luego, como pesadillas, las escenas que oculta la noche en los viejos rincones de la gran ciudad, y no dudó más. Había que refugiarse. Pero al llegar cerca de su casa se detuvo, indeciso. ¡Allí estaría ella, su madrecita! Pero... ¿y el otro? ¿Cómo le recibiría el contra maestre?...

Le faltaba valor. Sentía la boca seca. Acercóse a la fuente, para beber, y de cuyo grifo pendía un vaso de aluminio. A su pesar, notó la diferencia que existía entre aquel grosero vaso y la cristalería de la yanqui, y bebió al chorro.



Subieron los tres al hogar. La situación era un tanto embarazosa ...

Ana y Gavary regresaban en aquel momento de la fiesta, y el segundo descubrió a «Gribiche», recibiendo Ana una gran alegría.

Subieron los tres al hogar. La situación era un tanto embarazosa. Ni Gavary ni «Gribiche»

se atrevieron a romper el silencio. En el fondo, ambos tenían miedo de lo que pudieran decirse.

Al fin, «Gribiche», emocionado, abrazóse a su madre, gritando, lleno de ternura y llorando:

—¡Mamá!

Gavary comprendió que debía dejarlos solos, y bajó a la calle a llenar en la fuente una jarra.

«Gribiche» sinceróse con Ana.

—Ya no podía más, mamá; necesitaba estar contigo... En aquella casa todo es frío, triste... Yo me marché por ti; porque pudieras casarte... Yo oí lo que le decías a Gavary aquella noche en la feria. Si no hubiera sido por eso, yo no me hubiera ido nunca.

Ana sintió un gozo insospechado al conocer el sacrificio de su hijo; y Gavary, que volvía en aquel instante, comprendió que no debía separar la vida de aquellos dos seres, cuya felicidad no había de ser enemiga de la suya.

Y se abrazaron los tres.

* * *

Al día siguiente, Ana y «Gribiche» se personaron en el hotel de Madame Maranet, para hacerse perdonar el niño su falta.

Salió a recibirles el chofer, el buen amigo de «Gribiche», quien, a pesar de su buena voluntad, no pudo conseguir que la doctora los recibiese, pues estaba enojadísima con el rebelde.

Ana y su hijo se marchaban silenciosamente, cuando el chofer, iluminado súbitamente al ver en las manos de su amiguito un ramo de flores, los detuvo, y quitándole dicho ramo a «Gribiche», volvió a presentarse ante la yanqui, entregándole las flores, discretamente, de parte del muchacho.

Aquella prueba de cariño, de galantería, de educación y gratitud, surtió efecto.

Y a poco, «Gribiche» y su madre eran introducidos por el chofer en el saloncito de Madame Maranet, que los recibió con afecto.

—Le devuelvo a usted a «Gribiche». Yo sirvo para maestra, para doctora moral; pero para madre... sólo sirve la que lo es de verdad...— declaró la americana.



— *Le devuelvo a usted a «Gribiche» ... Para madre... sólo sirve la que lo es de verdad.*

Y, dirigiéndose a «Gribiche», le dijo:
—Toma. Tú no has querido lo que yo deseaba para ti, pero yo quiero que seas feliz.

No quiero que puedas decir nunca que te hice gustar una vida nueva para abandonarte después.

Y le entregó una carta dirigida al director del International Bank, de París, redactada en los siguientes términos:

A partir de esta fecha, entregará usted a la madre de mi protegido, Ana Belot, la renta de 24,000 francos correspondientes al capital impuesto por mí a nombre del pequeño.

Además, para demostrar su contento lo más completamente posible, la rica americana los invitó a comer con ella; y en la mesa, como ya nadie le mandaba, era él, «Gribiche», el que velaba por las buenas formas, corrigiendo a su madre, indicándole cómo se debía comer tal o cual cosa.

Al domingo siguiente, Ana, Gavary y «Gribiche» comían, como en otros tiempos, en compañía de los Veudrot.

Les sirvieron caracoles en salsa. «Gribiche» estaba de enhorabuena.

—Ponte la servilleta, que te vas a manchar, pequeño,—le dijo Gavary.

—No es de buen tono—repuso el muchacho. Ana, al oír esta contestación, corrigióse en el comer, esforzándose en ponerse al nivel de su hijo.

Pero «Gribiche», ante la turbación de su madre, volvió a sus antiguas costumbres, que eran las de ella; y a su lado volvió a saborear las mieles de los pasados días en que gozaba a todas horas de aquel cariño lleno de ternura que sólo podía encontrar en el corazón de su madre.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

EXTRAORDINARIO-SÁBADO 29 MAYO

La magnífica novela

Por una mujer

Sugestivo asunto, interpretado
por Lillian Rich, Robert Frazer, etc.

14 fotografías :: 64 páginas

Precio excepcional: **50** cts.

Postal-fotografía-regalo: CLAIRE WINDSOR

¡No deje de adquirir esta preciosa novela,
el mismo sábado 29 mayo!

A los grandes éxitos de *Los Grandes Filmas* de
La Novela Semanal Cinematográfica:

Cuando las mujeres aman

El Capitán Blood

ELLA...

Demasiadas mujeres

Nobleza baturra

acaban de añadirse los de

Cenizas de odio y

El Rajá de Dharmagar

EN BREVE:

El difunto Matías Pascal (de Luigi Pirandello)

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Filmas*